

Estados nacionales y violencia¹

Anthony GIDDENS*

Vivimos en un mundo en relación con el cual las fuentes tradicionales de la teoría sociológica no parecen tenernos mucho que decir, especialmente aquellas formas de teoría social ligadas a la política liberal y socialista. El mundo se tambalea al borde de un desastre nuclear que parece sustraerse a todo control. Lo que Marx llamaba anarquía del mercado aparece en nuestro tiempo como un fenómeno internacional. Vivimos en lo que Wallerstein (1964) llama una economía capitalista mundial en la que las relaciones económicas capitalistas cobran un alcance mundial. Pero, lo que es aún más importante, vivimos en un sistema de estados nacionales que no tiene precedente en la historia, en el que una frágil igualdad en el armamento de las dos principales superpotencias parece constituir el único freno a la anarquía del orden internacional.

Este mundo es, a mi entender, muy diferente del que anticiparon la mayoría de los pensadores europeos del siglo XIX, y las tradiciones de pensamiento que dominan hoy las ciencias sociales sufren bajo la hipoteca de sus orígenes decimonónicos. Virtualmente todo el que en la actualidad se sienta afín al marxismo acepta que Marx no desarrolló sino los rudimentos de una teoría del estado moderno. Existen en la actualidad una buena cantidad de trabajos marxistas que tratan de corregir esta omisión. Muchas de esas obras tienen un considerable interés. Pero casi todas ellas versan, o bien sobre el papel del estado en la vida económica, o bien sobre el estado como agente de la opresión interna. Como abiertamente admiten Nairn (1977), Poulantzas (especialmente en su último libro, *Estado, Poder y Socialismo*, 1980) y otros, el pensamiento marxista contemporáneo no dispone de una teoría ni del estado nacional ni del nacionalismo.

Sin embargo, otro tanto cabe decir de la teoría política liberal, aunque en algunos aspectos tenga más que decir sobre estos asuntos que la mayoría de las versiones del marxismo. Pensadores liberales, tales como T. H. Marshall (1950) o R. Bendix (1980) han escrito sobre el nacionalismo, pero en su pensamiento el nacionalismo ocupa un papel estrictamente subordinado a lo que ellos llaman ciudadanía o derechos ciudadanos. La emergencia de la ciudadanía según estos análisis, ha acompañado a la formación del estado nacional. Pero como podemos ver, así en la pequeña obra clásica de Marshall, escrita hace unos treinta años —*Citizenship and Social Class*— como en la obra más reciente e importante de Bendix *Kings or People* su atención se centra sobre todo en la ciudadanía, en los derechos y en el modo de gobierno que la ciudadanía comporta. El estado nacional aparece como una comunidad política dentro de la cual pueden tornarse efectivos los derechos ciudadanos, no como parte de un sistema global de estados nacionales.

¿Cuál es la causa de esta fundamental ausencia en las dos principales tradiciones de pensamiento social? Al menos en parte esa ausencia se debe a la herencia de Saint-Simon en el campo de la teoría política y a la influencia de la economía política clásica. Existen algo más que huellas en Marx de la doctrina de Saint-Simon de que en la sociedad del *futuro* la administración de unos seres humanos por otros sería sustituida por la administración de los seres humanos sobre las cosas. Durkheim —al igual que los posteriores teóricos liberales del estado benefactor— estaba menos preocupado por éste tema de Saint-Simon que por la idea de que el estado en una sociedad industrial tendría que jugar un papel moral en relación con la comunidad societal. Es decir que, en contraste con Marx, Durkheim estaba más influido por los escritos últimos de Saint-Simon que por los primeros. Pero en ninguno de los dos casos observamos que se entienda la integral asociación del estado con la violencia militar o con el control administrativo dentro de límites territorialmente bien definidos como rasgo significativo del estado. El estado industrial, en suma, no es un estado nacional; la fuerza impulsora del nacionalismo está ausente, y se nos da una imagen del orden industrial completamente diferente de la

del régimen absolutista que le precedió. Tanto la concepción marxista como la concepción liberal del estado estaban profundamente influidas por sus respectivas críticas a la economía política. Cualesquiera fueran sus diferencias, las cuales en algunos aspectos son muy profundas, estas escuelas de pensamiento concebían el industrialismo como una fuerza esencialmente pacífica, como una fuerza que trasciende las fronteras internacionales. Marx concibe sustancialmente el estado como una agencia malévola, y esa concepción procede de hecho de fuentes similares a aquellas que llevaron a Durkheim a concebir el estado como una benevolente agencia de progreso. En ambos casos el estado es considerado principalmente como un marco coordinador dentro del cual se desarrollan las relaciones económicas; en el primer caso ese marco expresa mecanismos de dominación de clases, en el segundo ese marco inyecta moralidad y justicia en el orden ocupacional.

Para poder asociar el estado con la violencia y la territorialidad, tenemos que recurrir a fuentes distintas. Han sido principalmente pensadores de la derecha liberal y pensadores conservadores los que han teorizado sobre el estado en estos términos. Pensemos por ejemplo en la generación de Hintze y de Max Weber, o en el presente, en los escritos de los nuevos filósofos franceses. ¿Qué puede demostrar más dramáticamente los efectos de un estéril encuentro con el poder del estado por parte de los representantes de la izquierda que las consecuencias de los «sucesos» de 1968? Los nuevos filósofos han abandonado a Marx para pasarse a Nietzsche. Al volver sus espaldas al marxismo, al descubrir que el marxismo carece no sólo de una teoría del estado sino de una teoría genérica del poder (en tanto que distinto del poder de clase), han convertido al estado y al poder en componentes fundamentales de la vida social.

A mi juicio, esta postura no representa un avance sobre las tradiciones marxista y liberal en la teoría social. Ni siquiera en el caso de Max Weber, quien trató en cierto modo de fundir cosas tan incompatibles como Marx y Nietzsche, encontramos un tratamiento satisfactorio del estado nacional y del nacionalismo. Esto se debe en parte a

que Max Weber definió el estado de tal forma que resulta difícil captar la significación específica del estado nacional moderno. Las características que Max Weber atribuye al estado en general son, en mi opinión, características que en cierto modo sólo convienen al estado moderno. Mas en todo caso, Weber no elaboró una explicación de la emergencia del sistema contemporáneo de estados nacionales, aun cuando mucho de lo que dijo sobre el estado absolutista europeo y sobre sus diferencias respecto a los imperios sigue siendo de gran valor.

En la discusión que sigue voy a proponer una serie de conceptos que puedan cubrir la mencionada ausencia que registra la teoría social. Para no ser muy prolijo, sólo me voy a referir de forma algo esquemática a algunos de los fenómenos implicados. Les pido, pues, disculpas a este respecto; lo que tengo que decir en esta conferencia ya lo he formulado con más detalle en un reciente libro² sobre algunos de estos problemas. Mi análisis se basa en los siguientes temas. Primero, el sistema del absolutismo europeo de los siglos XV y XVI es de crucial importancia para la forma en que surgió el capitalismo occidental y en que éste se difundió por toda la faz de la Tierra. Segundo, hay que distinguir claramente el estado absolutista de los modernos estados nacionales, pese a lo importantes que puedan ser las conexiones históricas entre ambos. Tercero, la pacificación interna de los estados, asociada especialmente al desarrollo de las fuerzas de policía y a lo que Foucault (1977) llama «un nuevo aparato disciplinario del poder», es un fenómeno esencialmente ligado a la consolidación del control de los medios de violencia en manos del estado. Sin embargo, los procesos aquí implicados, y ésta va a ser mi argumentación, pueden ponerse en una relación más estrecha con la teoría marxista de lo que cabría imaginar por lo dicho al principio de mi conferencia. Cuarto, pese a que estas nociones se suelen utilizar a menudo como equivalentes, el concepto de estado nacional ha de separarse cuidadosamente del de nacionalismo.

Absolutismo europeo y sistema de estados nacionales

Hay que desconfiar de la naturaleza de los contrastes establecidos por Montesquieu y sus contemporáneos entre Europa y el Oriente despótico. Pero, como han demostrado recientes investigaciones históricas y arqueológicas, Europa, como conjunto de formaciones sociopolíticas difirió durante un largo período histórico de las sociedades imperiales del Próximo y Lejano Oriente y de las sociedades mesoamericanas. Durante los mil seiscientos años que siguieron a la destrucción de su imperio, Roma, Europa no volvió a conocer en su seno ninguna sociedad imperial, si bien se vio constantemente amenazada por otras desde el exterior, muy especialmente por los Califatos. Europa fue un sistema de estados durante todo este período que podemos dividir en dos fases. La primera estuvo marcada por la influencia del Papado, el Sacro Imperio Romano, sustituido después por los poderes locales de señores feudales y ciudades-estado independientes o semiautónomas. En ninguno de los dos períodos hubo un poder estatal capaz de restablecer el imperio romano en Occidente o crear un nuevo imperio que dominara todo el continente.

Hoy estamos tan acostumbrados al papel dominante que el capitalismo europeo ha jugado en la transformación del mundo que nos resulta difícil hacernos cargo de que durante cientos de años la independencia de Europa fue a menudo muy frágil frente a las amenazas de las fuerzas externas. La Europa Medieval, aunque basada en una cultura militarista, fue militarmente débil (sobre todo en tierra) cuando se veía confrontada a invasiones externas. Como señala Cipolla (1965), los europeos no eran numéricamente fuertes (probablemente nunca llegaron a más de 100 millones de personas) y estuvieron crónicamente enzarzados en guerras los unos contra los otros. La desastrosa confrontación con los mongoles en 1241 demostró que Europa era militarmente incapaz de bloquear el avance mongol. Si Toynbee está en lo cierto, la supremacía de Occidente sobre el resto del mundo empieza sólo después de 1683, el momento del fracaso del segundo asedio otomano a Viena y el comienzo de una contraofensiva occidental.

Estas someras consideraciones históricas constituyen el telón de fondo del desarrollo del sistema de estados europeos. Para analizar el sistema de estados europeos tenemos que hacer algunas distinciones conceptuales preliminares. Hemos de distinguir entre estado absolutista, el cual sólo coincide con el instante inicial de la formación del capitalismo en Europa, y estado nacional, el cual tiene algunas de sus raíces en el estado absolutista pero representa un desarrollo posterior; y, como he señalado antes, hemos de distinguir también entre estado nacional y nacionalismo. El estado absolutista, como tan enérgicamente subrayó Weber, fue construido en parte sobre la difusa herencia de la persistente influencia de Roma, especialmente del derecho romano. El estado absolutista no era un estado nacional. Y aunque existen algunas voces discrepantes entre los historiadores, pienso que generalmente se acepta que los sentimientos nacionalistas estaban escasamente desarrollados. Considero el estado absolutista, el estado nacional y el nacionalismo como fenómenos, en su origen, típicamente europeos. Por estado absolutista, una formación que se restringe a un par de siglos en Europa, entiendo un orden político dominado por un gobernante soberano, monarca o príncipe, en cuya persona reside la autoridad política última y la capacidad última de sanción incluyendo el control de los medios de violencia.

La configuración de estados resultantes del período del absolutismo europeo fue ciertamente la fuente próxima del sistema europeo de estados nacionales, y ésta es la razón por la que muchos observadores no parecen hacer distinción entre el absolutismo y el estado nacional. Las guerras llevadas a cabo por los monarcas absolutistas configuraron el mapa de Europa con efectos duraderos. No debería olvidarse que las potencias europeas de más duradera presencia, como Inglaterra, Francia, Italia, fueron los supervivientes de prolongados períodos de crueles guerras, en los que la mayoría de los protagonistas no lograron sobrevivir. En 1500 había en Europa unas quinientas unidades políticas más o menos autónomas, un número que en 1900 se había reducido a veinticinco. La transición desde el estado absolutista al gobierno burgués ha sido característicamente considerada en términos de revoluciones políticas dramáticas. Pero la

exclusiva atención a las luchas revolucionarias de superficie impide ver lo íntimamente que estuvo conectado el ascenso al poder de la burguesía con la transformación, más gradual, del estado absolutista en estado nacional, conexión a la que se debe que en el siglo XVIII y en el siglo XIX europeos el estado nacional y el capitalismo ofrecieran estrechas conexiones estructurales. Pues hay que recordar que la creación de una sociedad o de un estado capitalista no es sólo asunto de la extensión, a gran escala, de la producción de mercancías. Yo sostengo que existe, en efecto, una íntima asociación entre el capitalismo moderno y el estado nacional. Algunos historiadores han sustentado que esa asociación sólo era fortuita. Pues como se ha dicho, algunas tempranas empresas capitalistas, como la liga Hanseática, fueron bastante ajenas a la formación del estado, mientras que, de otro lado, poderosos estados que se formaron muy tempranamente, como España y Francia, no fueron centros importantes de desarrollo capitalista. Mas esto es cierto del período del estado absolutista, no del período de transición al estado nacional: en este último el desarrollo de una infraestructura capitalista industrial se convirtió en condición *sine qua non* para la creación de un estado fuerte capaz de sobrevivir o de expandirse dentro del sistema de estados nacionales.

En la sección que sigue desarrollaré esta línea de razonamiento. Pero antes voy a ofrecer una conceptualización de tipo general del estado nacional y del nacionalismo. El estado nacional, el cual existe dentro de un conjunto de otros estados nacionales, es un complejo de formas institucionales de gobernación que tienen un monopolio administrativo sobre un territorio con límites perfectamente definidos, viniendo sancionadas sus decisiones por el derecho y por el control directo de los medios de violencia interna y externa. Dos cosas son de notar en relación con esta definición, pues de otro modo correría el riesgo de poder ser confundida con una conceptualización casi-weberiana del estado en general. En primer lugar, todos los estados parecen haber llevado aneja la territorialidad. Pero en los imperios y en la mayoría de los estados absolutistas las fronteras eran difusas. Lo específico del estado postabsolutista europeo es la fijación de fronteras bien precisas que demarcan de forma totalmente efectiva el ámbito de la

administración del estado. Segundo, el control de los medios de violencia, como monopolio o casi-monopolio en manos del estado, sólo se torna posible con la pacificación interna de los estados nacionales. La diferenciación entre la policía y el ejército permanente o fuerzas armadas ha sido una diferenciación que se ha mantenido con suficiente claridad —aunque nunca exenta de ambigüedad— en la mayoría de los países europeos desde mediados del siglo XIX. Podemos decir que esta diferenciación expresa la cara interna y externa del estado en relación con la violencia y con el control de la violencia.

Lo que en esta definición convierte a la nación en elemento integrante del estado nacional no es la existencia de sentimientos nacionalistas sino la unificación de un aparato administrativo que se extiende hasta límites territoriales definidos con precisión (en un complejo de otros estados nacionales). Tal unificación depende en alto grado, como Deutsch (1969) y otros han indicado, de los progresos en transporte y comunicación. La comunicación sólo se convirtió en algo distinto del transporte con la invención del telégrafo electromagnético. Cuando Morse transmitió entre Baltimore y Washington su primer mensaje en 1844 sentó nuevas bases para el orden administrativo (como milenios antes lo había hecho la invención de la escritura).

Definiré el «nacionalismo» como la existencia de símbolos y creencias, que, o bien son propagados por grupos de élite, o son mantenidos por una mayoría de miembros de categorías regionales, étnicas o lingüísticas, y que implican la existencia de vínculos comunitarios entre ellos. Los sentimientos nacionalistas no convergen necesariamente con la ciudadanía de un particular estado nacional, aunque muy a menudo haya ocurrido así. Una definición del nacionalismo tiene por fuerza que ser bastante general, ya que los estudios del fenómeno demuestra que no existe un criterio único que constituya foco de vínculos comunitarios. De atenernos a la base de la experiencia europea de los siglos XIX y XX, por ejemplo, cabría suponer que el hablar una lengua común es rasgo principal de un nacionalismo. Pero consideradas las cosas en un contexto mundial, el factor de

lenguaje común parece ser la excepción y no la regla.

Estado nacional, capitalismo, violencia

He señalado que, a mi juicio, la conexión entre capitalismo y estado nacional es menos contingente de lo que muchos analistas —como Tilly (1975)— han pretendido. La justificación de esta tesis, quiero subrayarlo, tiene importantes implicaciones en relación con esa ausencia en las teorías marxista y liberal del estado, a que he aludido antes. La asociación entre capitalismo y estado nacional, al menos ésta es mi propuesta, hay que buscarla concentrándose sobre algunos rasgos distintivos del contrato capitalista de trabajo. Como acentuó Marx, el contrato capitalista de trabajo difiere radicalmente de los modelos de explotación de la producción excedente que encontramos en las sociedades precapitalistas. En estas últimas el explotador es en algún sentido —que varía en los diferentes sistemas— un agente del estado y tiene acceso a los medios de violencia, o al menos a la capacidad de amenazar con ellos, como principal instrumento para asegurar la obediencia de la clase o clases subordinadas. El contrato capitalista de trabajo, en cambio, no implica la explotación de una producción excedente o de un trabajo excedente. Depende de la extracción de valor excedente, una explotación que queda encubierta en el sistema global de producción y distribución. El contrato capitalista de trabajo establece una relación puramente económica de mutua dependencia entre empresario y trabajador. Las relaciones capitalistas de producción, que la burguesía luchó por extender y que se convirtieron en el orden económico relevante, no fueron impuestas por vía de poder militar o por el monopolio directo de una clase sobre los medios de violencia.

Estas consideraciones son, a mi juicio, de crucial importancia para entender tanto el funcionamiento de la empresa económica capitalista, que fue en lo que Marx centró predominantemente su atención, como la coordinación entre el desarrollo del capitalismo y el del estado nacional. Conjunción histórica de decisiva importancia fue la concentración del poder en manos de los monarcas absolutistas en un contexto de alianzas de clases con elementos burgueses en ascenso. Marx, por supuesto, subrayó esto, pero no

analizó las implicaciones que tenía para la coordinación de los medios de violencia. Pues al producirse la monopolización de los medios de violencia por parte del estado, el control de las acciones violentas queda expulsado de las relaciones de clase implicadas en el capitalismo emergente. El estudiar cómo ocurrió históricamente esto según los distintos momentos y lugares, es algo que cae fuera de los límites de esta conferencia. Pero las líneas generales parecen claras. La defensa de la libertad de contrato, la cual era parte de un conjunto más amplio de reivindicaciones ideológicas relativas a las libertades básicas por las que luchó la burguesía y a la vez una realidad efectiva que la burguesía luchó por convertir en organización económica, significa que el empleo de la violencia como sanción queda desterrado de ese mercado de trabajo que empieza a expandirse. La esfera de las libertades privadas, en lo tocante tanto al capital como al trabajo, que excluía el pillaje de los productos del trabajo y de los recursos, se convirtió en algo institucionalmente distinto de la autoridad pública sostenida por el monopolio de los medios de violencia.

Para proseguir este análisis necesitamos un concepto que no ocupa ninguna posición prominente ni en las explicaciones marxistas ni en las explicaciones liberales del estado: se trata de lo que Foucault (1977) llama *surveillance*. Esta *surveillance*, considerada en dos niveles distintos, es elemento esencial para entender la naturaleza de los procesos por los que la difusión del contrato capitalista de trabajo quedó asociada con el monopolio de la violencia por parte del estado: 1) la *surveillance* en el puesto de trabajo, 2) una expansión masiva de las actividades de *surveillance* por parte del estado en los siglos XVIII y XIX, estrechamente conectada a su vez con la pacificación interna de los estados nacionales nacientes. Empleo el término *surveillance* para referirme a dos fenómenos estrechamente relacionados entre sí. Uno es la recolección y organización de la información que puede ser almacenada por agencias y colectividades y que puede ser utilizada para controlar las actividades de la población administrada. El segundo es la supervisión o control directo de las actividades de los subordinados por parte de sus superiores en una organización particular o en un conjunto de escenarios sociales.

En las sociedades precapitalistas, incluso en el absolutismo europeo, los niveles de *surveillance* ejercidos por el estado y la clase dominante eran necesariamente bajos. Y esto era así tanto en lo tocante al aparato administrativo del estado como al control de los trabajadores en el proceso de trabajo. Términos como absolutismo o despotismo pueden conducirnos a engaño en lo que se refiere al poder de los gobernantes sobre sus súbditos en las sociedades precapitalistas. Un déspota tiene en cierto sentido un poder extremo sobre sus súbditos, el poder de vida y muerte, pero no tenía la capacidad de administrar directamente la vida diaria de sus súbditos, que en buena parte se regía por tradiciones y prácticas locales. El despotismo, sea dicho entre paréntesis, es, por tanto, un fenómeno muy distinto del que representa el totalitarismo moderno, el cual depende de la vasta expansión que han experimentado las actividades de *surveillance* de los estados en los dos pasados siglos. Lo mismo cabe decir en relación con el proceso de trabajo, con el proceso de producción. En la producción agraria precapitalista las clases explotadoras tenían por lo general un control muy escaso sobre el proceso de trabajo, sobre el ritmo de trabajo, etc., y esto fue así hasta bien iniciado el período del capitalismo industrial. En Inglaterra a mediados del siglo XIX, por ejemplo, una alta proporción de la fuerza de trabajo empleada en la manufactura faenaba todavía en industrias domésticas. La difusión de la fábrica, o lugar capitalista de trabajo separado del hogar, como Pollard (1965) y otros han mostrado para el caso de Inglaterra, se debió más a la necesidad que sintieron los empresarios de asegurar la disciplina del trabajo regularizado que a la pura efectividad técnica que la fábrica comportaba.

La *surveillance* en la empresa capitalista es un elemento clave para su dirección. Como el trabajo asalariado es formalmente libre y además queda directamente integrado en complejos procesos de producción, las principales sanciones negativas que posee el empresario son económicas: la necesidad que tienen de ganarse la vida los trabajadores carentes de propiedad. Una de las principales fuentes históricas para el análisis de los orígenes de la moderna disciplina laboral, en lo que se refiere a Inglaterra al menos, es

The Genesis of Modern Management de Pollard. Voy a incluir una larga cita de este libro, pues recoge algunos temas fundamentales:

«¿No construyeron los antiguos egipcios grandes pirámides, a los chinos su muralla, o en tiempos más recientes no inauguró Luis XIV un magnífico sistema de carreteras en Francia? Y si se trata del control de grandes masas humanas, ¿no han controlado muchas más los generales en todas las épocas que los *managers* incluso de los países industriales más vastos?... Todos estos desarrollos, hay que admitirlo, antecedieron a la revolución industrial, a menudo en muchos milenios, y es igualmente cierto que los empresarios y *managers* de la revolución industrial aprendieron de ellos uno u otro aspecto de su trabajo. La innovación y la dificultad radica en esto: en que los hombres que pusieron en marcha las grandes unidades industriales en la economía británica desde mediados del siglo XIX en adelante tuvieron que combinar esos diferentes objetivos y métodos en uno solo. Lo mismo que los generales de antaño tenían que controlar a numerosos hombres, pero sin poderes coercitivos: pues no cabe duda de que la ausencia de imposición legal de un trabajo no libre no sólo fue una de las marcadas características del nuevo capitalismo, sino una de sus ideas más seminales.» (Pollard, 1965, p.7.)

Pero por más que como clase hubiesen proclamado ideales de libertad individual, los empresarios se mostraron a menudo reacios a olvidar el uso de la violencia directa contra los trabajadores. La fuerza de voluntarios reclutada en Inglaterra en 1794, compuesta principalmente por miembros de la burguesía, comerciantes y «empresarios a caballo», actuó en parte para disciplinar a los trabajadores recalcitrantes. Hasta bien pasado el período cartista estuvieron internamente en acción tropas regulares imponiendo el encarcelamiento diario de los trabajadores dentro del lugar de trabajo.

La emergencia del trabajo disciplinado estuvo, pues, entretejida con la creación, cada vez más lograda, de formas de dirección industrial que operaron con una serie de técnicas de *surveillance*, nuevas en parte. Esta fue una de las principales dimensiones de la pacificación interna y ha quedado entreverada desde entonces con los derechos de ciudadanía que Marx llamaba con sorna «libertades burguesas». Pero la creación de la dirección del trabajo libre tuvo también lugar en el contexto, más amplio, de la expansión del poder disciplinario en las instituciones del estado. El poder disciplinario, como Foucault (1977) ha aclarado de forma tan brillante, contrasta con el poder ejemplar de la violencia, característico de épocas anteriores. La violencia ya no es una exhibición, un espectáculo. La violencia, cuando queda controlada por las autoridades del estado, se convierte en una sanción subyacente —en una amenaza oculta, de la que puede echarse mano— mientras que el control es sostenido principalmente a través del poder disciplinario de la *surveillance*.

Al igual que antes introduje una cita de Pollard, voy a referirme ahora a un breve pasaje de Foucault. «Si el despegue económico de occidente», subraya Foucault (1977, ps. 220-221), «comenzó con la técnica que hizo posible la acumulación de capital, tal vez pueda decirse que los métodos para administrar la acumulación de hombres hicieron posible un despegue político en relación con las formas de poder tradicionales, rituales, suntuosas, violentas, las cuales cayeron pronto en desuso y fueron sustituidas por una tecnología sutil, calculada, de sujeción.» Pero hay algo que Foucault no señala y que es de fundamental importancia para mi argumentación. La sustitución de las formas de poder «rituales, suntuosas, violentas» fue de decisiva importancia para la formación interna del estado. Pero el mantenimiento y consolidación de esas formas de poder se convirtieron en rasgo esencial del sistema de estados nacionales. Esas características del sistema de estados europeos a las que me he referido antes comenzaron después a difundirse por todo el mundo. Como dice Wallerstein (1974), en los imperios militares precapitalistas era el alcance de las sanciones militares lo que básicamente determinaba los límites de las relaciones económicas dentro de y entre estas sociedades. Con el

desarrollo del capitalismo, en cambio, esta relación en cierto modo se invierte. El estado capitalista mantiene un monopolio del poder militar y político dentro de sus fronteras, pero el sistema mundial que pone en marcha está fundamentalmente influido por procesos capitalistas que operan a una escala mundial.

Nacionalismo

Antes de unir algunos de los hilos de esta discusión he de decir algo sobre la relación entre estado nacional y nacionalismo. Las explicaciones liberales acerca del estado, cuando van asociadas a la llamada teoría de la modernización, han sido particularmente propensas a asimilar los conceptos de estado nacional y nacionalismo. Se trata de la literatura del *nations building*, estrechamente conectada con categorías relativas a la ciudadanía. Esta literatura ha tendido a ignorar los aspectos nocivos del nacionalismo —su asociación con el fascismo y con la explosión de guerras. El nacionalismo es tratado predominantemente como una fuerza beneficiosa, como una fuerza estrechamente conectada con la consecución de los derechos de ciudadanía en el Tercer Mundo (ignorándose en buena medida el nacionalismo socialista). El nacionalismo, al igual que el estado nacional, es un fenómeno que tiene su origen dentro de Europa, y pienso que es correcto subrayar que no hubiera surgido sin la idea burguesa de soberanía popular que marcó el comienzo de la fase moderna del liberalismo europeo.

Pero sería una locura pasar por alto lo que Deutsch (1969, p. 53) llama «los sueños e imágenes de salvajismo» que el nacionalismo produjo al lado de sus imágenes de «autogobierno, ilustración y justicia social». Muchos comentaristas del nacionalismo se han percatado de la doble cara de éste. Y al igual que muchos escritores del *nations building* han propendido a acentuar el lado positivo del nacionalismo, otros se han sentido mucho más inclinados al lado opuesto. Kedourie (1961, p. 21) destaca como uno de los más prominentes de estos últimos, sosteniendo que el nacionalismo es una «antigualla irrelevante, un funesto invento de algunos aberrantes filósofos alemanes».

¿En qué se basa este doble carácter del nacionalismo y cómo explicar su tremenda importancia en la moderna historia mundial? Para llegar aunque sólo sea a un planteamiento provisional de tales cuestiones, hay que reconocer que aunque a menudo los sentimientos nacionalistas han sido fomentados e invocados ideológicamente por las élites dominantes, el nacionalismo no es simplemente un conjunto de símbolos y creencias imbuidos a la fuerza en una población desafecta o indiferente. Segundo, si no distinguimos entre nacionalismo y estado nacional corremos el riesgo de malentender, interpretándolos como resultado directo del espíritu nacionalista, un conjunto de fenómenos que en realidad tienen sus raíces en la *Realpolitik* de los intereses del estado. Casi cabría definir el estado fascista como una conseguida mezcla de un nacionalismo agresivo y exclusivista y un compromiso generalizado con el estado como árbitro último de los intereses de la comunidad.

El nacionalismo es en buena parte un fenómeno psicológico que implica necesidades y disposiciones sentidas, en contraste con el estado nacional que es un fenómeno institucional. Para captar la importancia del nacionalismo hemos de percatarnos de las necesidades a que responde. El significado del nacionalismo en el mundo moderno, pienso, está bastante claramente relacionado con la decadencia de la tradición y con el carácter fragmentario de la vida cotidiana en la que las tradiciones perdidas son refundidas en parte. Y esto se aplica a mi entender tanto a las sociedades modernizadas como a aquellas que sufren una tensión o conflicto cultural. Estas circunstancias tornan frágil lo que Laing (1964) llama la «seguridad ontológica» sobre la que se asienta la vida diaria. La seguridad ontológica significa seguridad de las rutinas que se dan por descontadas, que dan un sentido a la continuidad de la existencia. En las culturas tradicionales, el marco subyacente de seguridad ontológica, queda bien reforzado por la continuidad de prácticas tradicionales en la comunidad local. En las sociedades a gran escala en las que la rutinización ha sustituido en buena parte a la tradición y en las que el sentido moral y la identidad se han retraído a los márgenes de lo privado y de lo

público, los sentimientos de comunidad o de lenguaje y de pertenencia a una comunidad nacional tienden a formar una red que contribuye al mantenimiento de la seguridad ontológica. Los sentimientos nacionalistas tienen una afinidad con, y pueden directamente expresar, similitudes culturales intra o intergrupales, y el lenguaje es uno de los principales portadores de esas similitudes. De ahí que en el marco original de la formación del nacionalismo, es decir, en Europa, el lenguaje aparezca como uno de los principales medios de nacionalismo. Los principales estados nacionales eran ya todos ellos —con algunas importantes excepciones— unidades de lenguaje bien establecidas. La expansión posteuropea del nacionalismo es obviamente en diversos aspectos bastante distinta del primer desarrollo de éste en Europa, aunque sólo sea porque el criterio de un lenguaje común no converge en absoluto sin más con los límites de los estados nacionales recientemente establecidos.

Si los fundamentos de los sentimientos nacionalistas no son tal vez demasiado difíciles de elucidar, ¿cómo explicar, empero, el carácter ambivalente de esos sentimientos? A mi entender, en esta cuestión ha de procederse prestando atención al fenómeno del liderazgo. La influencia de los líderes ha sido muy prominente en las oleadas de sentimiento nacionalista y en los movimientos nacionalistas, y es sorprendente la poca atención que se ha prestado a ello por parte de la mayoría de los que han escrito sobre el tema³. La teoría del liderazgo, o al menos los orígenes psicológicos del liderazgo han quedado bien establecidos en las obras clásicas de Le Bon (1900) y Freud sobre este tema. Según las ideas de estos autores —y esto es especialmente válido en las circunstancias en que la seguridad ontológica se encuentra bajo amenaza o tensión— la fusión emocional con la figura del líder es esencialmente un fenómeno regresivo. La identificación regresiva con la figura de un líder y con los símbolos que esa figura y sus doctrinas representan son los determinantes de ese rasgo esencial del nacionalismo, ya sea éste benigno o militante: un fuerte sentimiento psicológico de pertenencia a un *in-group* ligado a una enérgica diferenciación respecto de los *out groups*.

Si la teoría Le Bon-Freud del liderazgo es válida, la identificación regresiva con la figura de un líder lleva psicológicamente aparejada un incremento de «sugestibilidad» y de volatilidad emocional. La identificación emocional crea una dependencia que puede ser canalizada en direcciones muy distintas. Y es aquí donde parece estar la causa del ambivalente carácter del nacionalismo. Pues los individuos se tornarían susceptibles de llegar a identificarse lo mismo con figuras que encarnen virtudes públicas y democráticas, que con un conjunto de valores «heroicos» capaces de inspirar actos lo mismo de nobleza que de salvajismo. Este tipo de teoría, dicho sea de paso, constituye a mi juicio un posible complemento de la explicación weberiana del liderazgo carismático. Pues Weber no explica la fuente de la identificación emocional que tales líderes son capaces de inspirar.

No voy a entrar aquí a discutir las distintas tipologías de movimientos nacionalistas que aparecen en la literatura sobre el tema. El nacionalismo europeo, como se hace evidente en los distintos nacionalismos regionales que existen dentro del nacionalismo europeo, difiere muy significativamente de los subsiguientes desarrollos en otros lugares.

El sistema mundial

El estado nacional se ha convertido hoy en un fenómeno mundial. Como problema histórico, las conexiones existentes entre la expansión de la economía capitalista mundial y la transformación universal de las formas societales anteriores en estados nacionales, todavía precisan ser documentadas adecuadamente. La mayoría de los que proponen la teoría del sistema mundial, especialmente los influidos por las dos tradiciones de teoría del estado a que me referí al principio de mis observaciones, la marxista y la liberal, han seguido poniendo casi todo el énfasis en los desarrollos económicos. Así, Wallerstein (1974) divide la economía capitalista mundial en tres zonas principales: el «núcleo»

capitalista (Europa, Estados Unidos y últimamente Japón); la «semiperiferia» que es a la vez explotadora y explotada; y las regiones periféricas, dominadas por lo que él llama una «coerción a la búsqueda de trabajo barato».

Sin embargo, Wallerstein no pone adecuadamente en relación la emergencia del capitalismo con el sistema de estados europeos —de ahí que subestime el papel del poder militar y de la guerra entre los estados en la configuración del mundo contemporáneo. A este respecto, aunque ciertamente ha roto la tendencia largamente establecida en ciencias sociales a considerar las sociedades o estados como si se tratara de entidades autosuficientes, la discusión de Wallerstein sigue manteniendo esa subordinación de lo político-militar a lo económico, que, como he dicho, tan profundamente arraigada está en la teoría social. No sólo vivimos en una economía capitalista mundial, sino también en un orden político-militar mundial de estados nacionales anárquicamente organizado.

Como aún que me siento, si bien en términos críticos, a la teoría marxista y a las aspiraciones libertarias del socialismo, estoy interesado en destacar las implicaciones que mi discusión tiene para el pensamiento político-normativo. En sus días Marx pensaba en el establecimiento del socialismo como una superación global del capitalismo; no hay indicación en sus escritos de que sospechara un mundo en que el orden capitalista no experimentase una revolución socialista y en que el capitalismo tuviera que coexistir con sociedades gobernadas por grupos que pretenden ser los herederos de sus doctrinas. Marx, a mi juicio, creyó de verdad que los trabajadores no tienen patria. Hoy estamos bien lejos de esa idea, y de declaraciones como la de Bakunin (1873), bien típicas por lo demás del siglo XIX:

«No más guerras de conquista, sólo una última guerra suprema, la guerra de la revolución para la emancipación de los pueblos. Fuera esas estrechas fronteras impuestas a la fuerza por el congreso de los déspotas a tenor de sedicentes necesidades históricas, geográficas, comerciales y

estratégicas. No habrá otras fronteras que las que simultáneamente respondan a la naturaleza y a la justicia, de acuerdo con el espíritu de la democracia, fronteras que el pueblo trazará por voluntad soberana basándose en sus simpatías naturales.»

Marx pensó en la superación del estado en la futura sociedad que tenía a la vista. Pero el estado, lo mismo el capitalista que el socialista, ha resultado ser un fenómeno mucho más formidable de lo que pensaron los teóricos del siglo XIX, incluyendo a Marx. El tema de la superación del estado no ha perdido, a mi juicio, en absoluto nada de su interés o importancia como tema actual de la teoría política socialista. Pero el fenómeno sobre el que he centrado mi atención en esta conferencia es, a mi entender, de esencial importancia para rehacer la teoría política en nuestro tiempo.

En el mundo contemporáneo nos encontramos entre capitalismo y socialismo en dos sentidos, y toda discusión de teoría política normativa tiene que ocuparse de ambos. En la forma de sociedades socialistas efectivamente existentes, el socialismo es una realidad: una parte de ese dual bloque de poder que frágilmente controla la anarquía del sistema mundial de estados nacionales. Ya no es de recibo, si es que alguna vez lo fue, afirmar que no existen en absoluto sociedades realmente socialistas o que sus insuficiencias no tienen nada que ver con las insuficiencias del pensamiento marxista en general. Por otro lado, si es que hemos de mantener vivos los ideales socialistas, estamos también entre capitalismo y socialismo en otro sentido, a saber: en el sentido de que tales ideales parecen susceptibles de un desarrollo mucho más profundo que el alcanzado en cualquier sociedad hasta la fecha.

Tres aspectos de mi análisis son de especial relevancia para la discusión de la teoría política del socialismo hoy en esos dos niveles relacionados entre sí, que acabo de mencionar. Primero, hay que disponer de una teoría de la *surveillance* como medio del poder disciplinario del estado, y de otros aspectos de la represión. Cuando se carece de tal

teoría quedan sin analizar los aspectos totalitarios del control político —como ocurre en las formas ortodoxas de la teoría marxista. Segundo, no podemos ignorar el hecho de que hasta la fecha al menos, el estado nacional ha resultado ser un aspecto importante, lo mismo de las sociedades socialistas que de las sociedades capitalistas. Los estados socialistas son estados nacionales y se han mostrado tan celosos de su territorialidad y tan agresivos como los demás. La nuestra es la era del Gulag, de las confrontaciones de carácter belicoso entre estados socialistas, de Pol Pot, y de algo próximo a un genocidio en Campuchea. Ni el socialismo en general ni el marxismo en particular pueden fingir inocencia en este mundo. Tercero, el problema fundamental que afrontamos hoy es la expansión, al parecer incontenible, de los medios de violencia en manos de los estados nacionales. No hay asunto que más gravemente apriete al mundo contemporáneo que la actualidad de la violencia internacional y la amenaza emergente de una guerra nuclear. Pero la teoría política de izquierdas no tiene tradición teórica sobre la violencia mundial del sistema de bloques de poder y de estados nacionales. Programas políticos prácticos que tengan relevancia para el estado nacional como propagador de la violencia son la primera prioridad tanto para los pensadores socialistas como para cualquier otro. Pero es difícil no sentirse pesimista ante la anarquía de estados nacionales. Marx pensó que tenía a la vista un movimiento real de cambio: el movimiento obrero que suministraría la solución servida por la propia historia a la anarquía del mercado capitalista y a la alienación del trabajo. Pero, ¿dónde está el proceso dialéctico capaz de superar hoy la anarquía política que nos amenaza a todos con una destrucción inminente? Por mi parte, no vislumbro ninguno. Todas las formas existentes de organización mundial en la actualidad se muestran impotentes ante el monopolio de la violencia en manos de los estados nacionales. Nuestra existencia en la actualidad es única en un sentido horripilante. Tras medio millón de años de historia humana somos los primeros seres humanos cuya vida individual podría acabar a la vez que la de toda la humanidad. La astucia de la razón parece habernos abandonado.

* Anthony Giddens ha sido director de la London School of Economics de 1997 a 2003, donde es profesor de sociología. Colabora con numerosas universidades, ha publicado una abundante bibliografía sobre múltiples temas como globalización, el reflectivismo, la teoría de la estructuración o la Tercera Vía; es cofundador de la casa editorial Polity Press, con la que ha publicado algunas de sus más emblemáticas obras como *The Third Way. The Renewal of Social Democracy* en 1998 o *Sociology* en 2001.

NOTAS

¹ Este artículo es la transcripción al castellano de la conferencia dictada por Anthony GIDDENS en la Facultad de Económicas de Valencia el 25 de septiembre de 1985, traducida por Manuel Jiménez Redondo. Ha sido publicado anteriormente en diciembre de 1985 en el nº 14 de la revista *DEBATS*, Institut Alfons el Magnanim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació. Agradecemos la autorización para reproducirlo en la Revista Académica de Relaciones Internacionales.

² Cf. Anthony GIDDENS *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Londres 1981

³ Los miembros de la escuela de Frankfurt son la excepción, pero concentraron casi toda su atención en el fascismo alemán.